

## Los Montaraces\*

EL Capitán no cayó dormido ni vencido por la grapa. Fué palideciendo muy lentamente a la luz amarilla de los faroles del patio. Ojalá haya sido después de las decimas sangrientas que le dedicara el cantor desde la reciedumbre de su físico de hombre bravo y de pie. El Capitán pasó del sueño con el águila al sueño más alto o al más profundo de todos: la muerte. No quedaba nadie en el patio del almacén, y ya había cantado “la viudita” en los primeros albores del domingo, cuando la muchacha de color, recién levantada y ya con la escoba en ristre, señaló al hombre a quien había servido y que seguía recostado en la pared. El almacenero se acercó, comprobó que El Capitán estaba muerto, llamó a un sargento que vivía a la vuelta y tomaron las providencias del caso. Como único comentario, dijo el almacenero:

—Los gatos negros, mi amigo, siempre anuncian alguna desgracia.

El sargento comprendió y avisaron a los vecinos y a las autoridades, y se llamó al médico, que se pre-

sentó a mediodía, con el servicio fúnebre.

Los montaraces habían tomado el camino de *Puerto Lamento* y no se enteraron de la muerte de El Capitán.

Dos días después, en una posada del *Puerto*, Cecilio Morales tuvo una buena sorpresa. Debieron recurrir a la cocinera de una fonda portuaria para conseguir agua caliente. Habían dormido bajo los algarrobos vecinos al sitio de embarque. La noche templada admitía ese placer y tal economía. Pero bajo aquellos árboles no dejaban hacer fuego y la posada levantaba un penacho de humo que abría el apetito. Antes de la alborada, Morales se comió y fué a ver a la cocinera. Esta se asustó un poco, porque todos los hombres de la selva producían miedo.

—¿Qué quiere? —dijo no bien golpeó en la puerta el montaraz.

—Un poco de agua, si tiene... pal mate...

\* De la novela “Los Montaraces”, que publicará próximamente la EDITORIAL GOYANARTE.

La mujer titubeó, pero el termo, adelantado en la mano tendida, tenía sed. Y no se le pudo negar.

De pronto, enmarcada en la puerta, apareció una muchacha de unos veinte años, con los cabellos sueltos. Miró a Morales, primero como a un intruso, después como a un viejo conocido. Al darse vuelta para regresar, taponando el termo, Cecilio se fijó más de lo corriente en la desconocida. Y fué ella quien, en las medias tintas del alba, en una penumbra que apagaba las voces, le preguntó:

—¿Usted es el hijo de Maragato?

El hizo un esfuerzo para recordarla. No la conocía. La muchacha se llamaba Aminda y trabajaba en la estancia *La Colorada*, donde Cecilio domara el potro cerril, en la emboscada de los lobizones... El personal de la estancia había reparado muy bien en aquel muchacho audaz que se atrevió a jinetear allí donde los potros se enloquecen.

—Yo estaba en *La Colorada* cuando usted jineteó. Lo vimos de lejos...

—Yo no la recuerdo —respondió Cecilio.

—Y nunca más lo vi. Hasta aurita que vino a pedir agua.

—Sí, y me tengo que dir... Me esperan... —se excusó Morales confundido.

Habían caminado un trecho. Se hallaban lejos de la parte trasera de la posada, protegidos por un pequeño maizal de altos tallos, y se apoyaban en un paraíso centenario.

—¿Por qué andan todos juntos? —preguntó la muchacha, que los había observado sin que los montaraces se dieran cuenta.

—Sí —continuó Aminda ante el embarazo de Cecilio, que miraba el termo como si le tironease de la mano—. Sí, andan siempre muchos juntos. Ya pasaron otros, en montón...

Morales observaba a la muchacha. Hacía tiempo que no veía de cerca, y en soledad, una mujer joven y fresca y tan linda como aquella que le salía al paso para preguntar algo para lo que él no tenía una respuesta preparada.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Cecilio, casi resuelto a dejar la misión que lo había traído, como si de pronto fuese un hombre solo, sin ninguna responsabilidad.

—Me llamo Aminda.

Hasta el nombre le gustó a Cecilio. Lo repitió por lo bajo, medio colocándose detrás del tronco del árbol. Aminda...

—Acérquese —le dijo—, no quiero comprometerla.

—A mí no me compromete. Yo no tengo que dar parte a nadie de lo que hago.

—¿Es su madre?

—Avisé... Esa no es mi madre.

—¿Entonces? —preguntó Cecilio.

—Y... yo hago lo que me da la gana. No es como allá en la estancia.

Cecilio le tomó la mano. Ella no lo rechazó. El no alcanzaba a ver la clara sonrisa en los labios. Ambos estaban impresionados por el tem-

blor; el temblor de Cecilio, no él de Aminda.

—Por aquí anda una conocida suya... La Pelada... Buena porquería...

—La Pelada —dijo Morales—. Y pensó: “Entonces es cierto lo que dijo El Capitán”.

—Sí, esa asquerosa anda buscando mujeres pa ustedes... Pa usté, a lo mejor —dijo Aminda, separando la mano como si le repugnara el temblor de Morales.

—¿Por qué andan juntos? —preguntó con rabia—. ¿Eh? Andan juntos pa otra cosa.

Morales dejó el termo en tierra. Tomó a Aminda por los codos, los sacudió un tanto, como si tratara de despertarla.

—Andamos juntos, andamos en montón... pa enseñarles a ustedes, las mujeres, que también un día andarán en montón. Sí, juntas, como los árboles del monte...

—¿Y pa qué?

—¡Pa que no las voltee el viento! ¿Entendés? ¡Pa que no las voltee el rayo! ¿Entendés? ¡Pa que no venga La Pelada a arrearlas una por una! ¿Entendés?

Tantas veces había dicho *entendés*, que entreveró un “*me gustás*”, ¿*entendés?*, y no pudo evitar decirselo con el aliento, con la lengua que apetecía un mate o el agua caliente que contenía el termo.

—A mí me gustás también, Cecilio —dijo Aminda—; me gustás des-

de que domaste en la rinconada. Pa qué te lo voy a ocultar...

Se besaron. El alba, que venía apresurada, desnudaba todo lo que encontraba a su paso. Aminda tenía la boca fresca, los brazos enfriados por el aire del amanecer, los cabellos desordenados como si acabase de abandonar la cama.

Volvieron a besarse. Cecilio quiso ganar tiempo, adelantar un poco, tomarse ciertas libertades que chocaban con el sol naciente. Bien podía ser una fugaz aventura. Pero ella le tomó ambas manos por las muñecas y le dijo:

—Mirá, Morales... Si esta vez querés algo, tenés que ser diferente a los otros hombres, ¿sabés? Con vos es otra cosa.

Cecilio la besó frenéticamente. El sol clareaba. Los gallos habían cesado de cantar. “No es hora para estas cosas” —pensó Morales.

Levantó el termo del suelo, miró a aquella mujer como nunca lo había hecho y la dejó, con honda amargura. Aminda, recostada en el tronco del paraíso, más parecía atada al árbol para un sacrificio. A pesar de la luz que bañaba todas las cosas, desde lejos Cecilio sólo vió agitarse la fronda levemente verde y centelleante, húmeda de rocío.

Los obrajeros matearon en un religioso silencio. Como Cecilio había demorado, el mate resultó más sabroso.

A medida que la luz se dilataba por el ancho río cercano y sus com-

pañeros dudaban aún en alistarse o discurrían sobre los nuevos contratistas, Morales paladeaba la aventura del amanecer de aquel día. Nadie alcanzaría a entender su pequeño mundo inconfesable. En nadie confiaría; ni en aquel que lo había hecho hombre en la selva. Anacleto no tenía por qué enterarse. Observó que no separaba la mirada de la *Isla*, cuyos contornos se perdían en las reverberaciones del agua.

La siesta suele ser mala consejera. Nos calienta el cráneo si andamos sin sombrero, y hasta nos puede mandar al otro mundo. Calienta la sangre hasta hacerla marchar entre fantasmas por la noche. De manera que hay que respetar las leyes del sol vertical, de la vegetación adormilada, de los mil ruidos que crecen en el campo. Hay que respetar la siesta, pero al mismo tiempo buscar las formas de soportarla. Y una de las aconsejables es acercarse al borde del agua, allí donde los sauces beben todo el día y es pródiga la sombra.

Cecilio vió que Aminda tomaba el camino del río portando un lío de ropa que le hacía torcer la cintura. No lo cargaba sobre la cabeza para ser menos lavandera a los ojos de Morales. Llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo rojo.

Como de los diez compañeros que se habían reunido ninguno se dió cuenta de aquella presencia en el paisaje soleado, ensimismados en problemas de trabajo y en las exi-

gencias legales, Cecilio tomó el camino que orillaba el río y salió al encuentro de la muchacha. Aminda ya había llegado y no pensaba lavar ropa. El lío le iba a servir para reposar en él. Estaba segura de que Morales aparecería por allí. Los verdaderos amantes no necesitan darse cita.

Al avanzar, Cecilio quebraba ramás secas. Pero Aminda no se dió por enterada. Casi podría hablarle sin necesidad de verificar si se trataba de Morales.

No se oía correr el agua, y el oleaje apenas si movía las hojas de algún camalote.

—Si sos tan vivo como para darte cuenta de que yo quería que vinieses a verme a este lugar —dijo Aminda sin mirar hacia donde habíase detenido Cecilio—, ¿por qué no sabés que es mejor que te quedés en tierra firme y dejés el obraje quieto?

Cecilio adelantó unos pasos buscando la umbría y se echó al lado de Aminda. La sombra espesa los protegía. Una sombra pesada, casi negra. Cecilio aspiró hondamente, como si le faltara el aliento.

—Tenés razón, Aminda... Vos no sos como las otras. Podés parar a un hombre.

A la muchacha le pareció alentadora la iniciación de la charla. Se puso optimista como los enamorados. Sonrió, cambió de posición, enseñó la pierna derecha desnuda en actitud inconveniente para la hora de la siesta. Podrían picarla los mos-

quitos o saltarle una lagartija sobre la pantorrilla... La idea de semejante contacto le hizo bajarse la pollera. Aquel movimiento encendió los ojos del muchacho.

—Podés detener a un hombre... —quedóse pensativo unos segundos, y prosiguió: “Mi padre todavía se queja de mi pobre madre. Según él, pensaba ir lejos, pero lo pialaron, como se dice en las estancias. Fué ella la culpable de que se quedara en “*Las Tunas*”.

—¿Y qué hay con eso? —preguntó Aminda.

—Se hubiese hecho un lugar mejor en la vida. Pero pialau y todo, yo no voy a dejar lo que tengo entre manos.

—¿El hacha?

—Más que un hacha. Unos amigos a los que saqué de su lugar, pa hacerles entender otras cosas.

—¿Vos los sacaste de la Isla?

—Sí, yo.

—No me hagás reír...

—Así fué, y nada de desconfianza. Yo sé nadar y supe mirar a los hombres de muy cerca, pa ver todas sus intenciones: de cerquita, ¿comprendés?, como te miro aurita a vos.

Se arrastró en el pasto y quedó casi encima de Aminda. Ella se desinteresaba de la suerte de los montaraces, aguardando el momento de contar su historia. Como una lección aprendida de memoria o calculando los efectos, esperaba la oportunidad.

—Sí, Aminda. Los miré de cerca.

Uno por uno. Me di cuenta de que los malos al fin resultaban buenos, y de que los buenos, los que nos parecen buenos, son los peores. Tan ruines, que es poco desearles la muerte.

Aminda no le escuchaba. La cita contaba para algo suyo personal pero que tenía relación con Cecilio. Aprovechó la primera pausa para arremeter con su historia:

—Mirá, escuchá —dijo ella tocándole el dorso de una mano con el índice tendido—. Escuchame... Te voy a contar algo. Después vos hacés lo que te da la gana. Poné atención: Había una vez una muchacha que se llamaba Aminda... No soy yo, ¿sabés? Es un cuento que te hago. Se llamaba Aminda y trabajaba en una estancia como sirvienta.

Cecilio empezó a observarla, a descubrirle encantos que se ven precisamente a la hora de la siesta, bajo los árboles, a la orilla del agua, cuando a las muchachas les place, cuando a ellas les viene la real gana. No había reparado en si era rubia o morena. Más bien tenía la piel quemada, y el cabello era castaño claro. Atropelladas ideas se le cruzaron por la mente. ¿Por qué habría de ser cuando a ellas se les diese la gana y no cuando el hombre quiere? ¿No sería Aminda una de esas mujeres que buscan a los hombres para sacarles la plata? Debía escuchar el relato para conocerla mejor. Aminda, sentada en el lío de ropa y con las piernas bien cubiertas por la

falda de algodón, proseguía con el relato sin mirar a Cecilio:

—Esa muchacha trabajaba de sirvienta. Estaba tan aburrida, pero tan aburrida de la vida, que en ocasiones se le secaban los ojos de llorar y pensaba... (Abrió una penosa pausa). Bueno, siempre era lo mismo; siempre, siempre, ¡siempre! Hasta que llegaba la noche. La estancia se iluminaba y el cuarto de los patrones tenía luz hasta el amanecer. Hablaban y hablaban. Pero Aminda no podía conversar con nadie, con nadie... Tenía un cuarto y nada más. A veces se pasaba semanas enteras sin conversar con alguno. Me dijo Aminda: "Así no se puede vivir, ¡qué diablos...! Una necesita que le dirijan la palabra, no sólo para que la manden. Mi hijita para aquí, mi hijita para allá. Le prometieron llevarla al pueblo. Pero Aminda me dijo que eso era peor, porque después volvía al cuarto y era como meterse en una tumba. Comer y dormir; dormir sí se podía... Nada más. Aminda me dijo que pedía a Dios que la llevase a donde están los ángeles, o a donde se la comiera el diablo. Hasta que un día Aminda no aguantó más... Una noche... Mejor dicho... Como el patrón dejaba las armas bajo el alero de la casa, ahí no más, a mano, estaba la escopeta. Ya iba a manotearla para meterse entre los árboles y pegarse un tiro... cuando oyó decir al patrón, que se paseaba adentro con una copa en la mano: "Mañana

vas a ver domar a ese Cecilio Morales, el hijo de Maragato, que quiere ser domador. Lo vamos a largar en el rincón asombrado con un potro que se las verá fea. Le vamos a bajar el copete". Aminda oyó lo que decía el patrón. Al fin —pensó la pobre muchacha— va a venir un hombre a *La Colorada*. Una cara nueva. Hablaron de la edad de Morales, de que parecía guapo pero que había que probarlo, hacerlo rodar en el rincón de las ánimas, donde los potros se vuelven locos y se estrellan contra los árboles. Entonces, Aminda dejó la escopeta para matar halcones, en su lugar de todos los días sin que nadie se diese cuenta. Cuando se fué durmiendo —me dijo Aminda—, iba pensando que Morales le había salvado la vida".

Se besaron mucho. Corría el río con un impulso masculino. La siesta se agrandó haciéndose un enorme bostezo. Los amantes durmieron hasta que la sombra se deslizó como un manto y los expuso a la mansa luz crepuscular. Brillaban extraños reflejos en las pupilas de Cecilio y en la saliva de los labios de Aminda.

—¿Te quedás? —le preguntó ella desperezándose.

Cecilio la miró un momento y no le respondió.

—Sí, yo sé que te quedás. Estoy segura. No sos un bobo. Te vas a quedar... sí.

Se pusieron de pie y juntáronse en un abrazo estrecho. Ella corrió por

el campo porque se le había hecho tarde, y desapareció en una curva del sendero.

Un hombre pensativo vale por dos. Tal era la reflexión que sugería el repentino ensimismamiento de Morales. El primero en advertir la anomalía fué Perico, al que las vísperas de *Isla Mala* hundían en sombríos pensamientos. Iba a hacerse montaraz, ya que antes se le había considerado como un simple amante de la naturaleza, particularmente como cazador de pájaros o buscador de nidos. Enfrentaría el rigor del hacha y la maleza a dominar con el machete. Por eso estaba pronto a ver reflejadas en el rostro de su amigo las veladas dudas de un combatiente arrepentido. Lejos estaba de imaginar que el amor, siempre triste, siempre con contornos dramáticos, nunca jocundo y alegre, era la gran sombra que pasaba a ratos por la faz inalterable de Cecilio. El encuentro con Aminda, el choque de su sangre contra las propias paredes de una cárcel carnal, lo habían internado por derroteros ajenos a la lucha reivindicativa de los montaraces. Si la aventura de rebeldía le encendió las venas y acabó por dominarlo totalmente, la secreta aventura amorosa centraba su imaginación en unos ojos, en una boca, en unos brazos calientes.

Aminda, ¿había rodeado su cuerpo con un abrazo estrecho o fué él quien dejó pasar las manos por el

hueco que se abría entre la tierra dura de la orilla y el pequeño arco de la cintura?

Aminda lo besó primero. Alzó la cabeza como una ternera que quiere comer la rama baja del paraíso cargada de semillas. Sí, buscó en el aire su beso. El bajó un poquito la rama, la inclinó un tanto, y esos dos movimientos determinaron el encuentro de las bocas, y resultó el primer beso de aquel encuentro total.

Volvió a encontrarla. Cinco, diez veces volvió al encuentro de Aminda. Algunas veces era Cecilio el que la besaba primero y apartaba sus ropas. Otras veces, Aminda se encargaba de violentar las conveniencias de una charla apacible bajo el árbol, en el lecho de sombra espesa. No le temían a nadie. Si oyeron pasos en la espesura del monte, eran seres imaginarios, porque nadie puede atreverse a perturbar el acto más serio y dramático. Morales no sólo resultaba el dueño de una mujer, sino el dueño de todo lo que le rodeaba. Árboles, agua, hojarasca y nubes. Había hecho suyos los caminos y senderos, los matorrales y las huellas de animales y de hombres. Todas confluían en aquel paraje. Podían llegar hasta el niño, la lavandera, el hombre, el caballo y el sediento buey de trabajo. Pero todas las veces que poseía a Aminda el mundo era de Cecilio Morales y de nadie más. Recorría una y otra vez el sendero que serpenteaba antes de llegar al monte, antes de hundirse en las grandes

sombras de los árboles. Ahora dominaba a una mujer. Recién comprendía los arrestos varoniles, la forma en que algunos montaraces se expresaban al referirse a las mujeres. Le faltaba esa marcha bajo el sol para ir al encuentro de una muchacha, a la hora de la siesta, picaneado por el deseo, para entrar en el secreto masculino.

Volvió a meter las manos estiradas como hojas de camalote bajo la cintura de una mujer. Volvió a ceñir el talle de Aminda hasta producirle un leve lamento. Volvió a ver el alto ramaje reflejado en las pupilas de la muchacha, mientras él buscaba la forma de hacerle caer los párpados y hacerle cerrar sus ojos bellos y salvajes. Volvió cinco o diez veces a soplar los cabellos de Aminda, donde se enredaran pedacitos de madera seca, hojas muertas, hasta curiosas hormigas negras. Volvió a caminar evitando la hojarasca para que sus pasos no fueran revelados por la naturaleza ardiendo bajo la canícula. Pisaba las sombras y daba saltos hasta llegar al cuerpo que lo esperaba tendido en tierra, tan lejos de los montaraces como estaba el sol de la luna. Volvió a husmear en la ribera buscando en la húmeda atmósfera algún indicio que pudiese malograr el encuentro. Ni la piedra cubierta de blanco por las huellas del jabón de las lavanderas le infundió inquietud. Suya era la selva, suyos eran los árboles y suya era el agua, que parecía dete-

nerse entre los camalotes, hacer un compás de espera para protegerle. Aminda era esa agua detenida, un charco de carne, quizá un pequeño grupo de camalotes florecidos, donde podía caer el cuerpo de un hombre sin hundirse en el agua. Volvió a acariciarla, cinco, diez veces más, y a dejar que ella le alisara los cabellos ásperos de su melena. Pesaban las manos de Aminda al posarse en la nuca, y debía dejar caer la cabeza como gajo de camalote cortado. En esos momentos el silencio era la respuesta: "no sigo adelante con los montaraces. Me quedo con vos. Es aquí, en esta boca húmeda, en esta sombra húmeda, en esta orilla húmeda, en este barranco húmedo, en esta humedad viva, donde debe quedar un hombre que es hombre antes que cualquier otra cosa. Aminda, me quedo con vos. Ya estoy cansado de andar con hombres, de descubrir cobardes y desertores, de que nadie entienda por qué necesitamos imponernos ante la adversidad. Me quedo con vos, Aminda. No me lo pidas otra vez. Ya está prometido. *Isla Mala* no es para mí. Tengo que vivir mucho tiempo en tierra firme, para después trabajar como un viejo. La vida es esto, Aminda; es estar sobre una mujer joven, oyendo que corre el río y que los pájaros cantan de contentos al vernos unidos. La vida es este beso, este silencio que nada te dice pero que vos comprendés. Lo que se calla es lo que vale y no lo que se dice. Cada beso tuyo es

una fiesta. No hemos nacido sólo para sufrir, para penar, para dejarnos explotar, para luchar por mejores condiciones de trabajo. La vida está hecha para besar a Aminda, antes de voltear un árbol, después de voltear los árboles, cuando los árboles van aguas abajo y cuando la madera se convierte en mesa o en cuna...

¿Y si tuviese un hijo de Aminda? ¿Uno solo? Aminda tiene las caderas anchas como su madrastra. Maragato eligió a Floriana porque tiene algo de vaca lechera, es vacuna como será Aminda cuando se le agranda la cintura.

Diez, veinte veces, cien veces volvió a ver Cecilio a Aminda. Volvió a verla al borde del río, del inmenso río que baña a *Isla Mula*. Volvió a verla tirada a todo lo largo que podía, sobre la sombra densa. Sentada en cuclillas, de pie, andando por el sendero, atravesando el campo, perdiéndose en los primeros ranchos del poblado, volvió a verla cien veces.

Pero todas aquellas ocultas caricias, todas las veces que acarició los cabellos de Aminda, fué en presencia de Perico. Perico estaba a su lado y le hablaba del embarco de los montaraces, del éxito que habían alcanzado, de los empresarios nuevos con otras caras, con otra alma para tratar a los hacheros. Perico fué el implacable testigo de sus amores, de los encuentros renovados, que no

eran otra cosa que productos de su fresca memoria. Volvió a verla cinco veces, sí, pero bajo la implacable mirada de Perico, que no sabía nada del ensimismamiento de su gran compañero de aventura.

El primer encuentro con una mujer se recuerda hasta la fatiga. Las promesas mutuas golpean en los oídos de los amantes. Cinco, diez, cien veces se vuelve a besar, se vuelve a acariciar, se vuelve a recomponer la escena hasta que empieza a deformarse, a agrandarse, a magnificarse, al punto de que la sombra densa de un árbol es el lecho más mullido, y los cantos de los pájaros, música celestial. El primer encuentro es el que se multiplica.

Morales había prometido quedarse, renunciar a una lucha colectiva donde, según la mujer amada, no encontraría otra cosa que sinsabores. Pero su voz de rogativa se perdía entre las voces aguardentosas y más-culas de los nuevos montaraces, de los viejos compañeros que le consultaban como si fuese el caudillo de una batalla a librarse. Y él sentía también la batalla.

El mundo tiene muchas facetas. Cecilio Morales acababa de conocer una de ellas, la más íntima, pero la más triste. Al mismo tiempo que nació para el amor, la realidad le mataba su primer sueño.

Pero hay desquites; tarde o temprano vienen los desquites.